

UN RECUERDO A ENRIQUE LLURIA

POR FERNANDO ORTIZ



El sabio compatriota Enrique Lluria acaba de morir en Cienfuegos. Dolencias de vario linaje fueron apagando su luminosa personalidad aun antes de fenecer; mejor diríamos, antes de su regreso a la patria hace años; y llegó al último día defendiéndose malamente de la adversidad, en el ejercicio de su profesión médica, donde tanto hubo de ganar antaño como eminentísimo discípulo de Albarrán, el otro sabio cubano, maestro en la Soborna.

Si su actividad cerebral hubiese sido aquí tan firme como en España, donde pasó luengos años de la vida, habría podido dar luz en algunas tenebrosidades de la vida nacional, y aun proyectarla en el complejísimo y cavernoso problema de la América Latina, como fue su propósito reiterado, sumándose a Ingenieros (¡otro ya caído!), Varona, Vasconcelos, Salas, Arguedas y tantos más, optimates de la sociología cisatlántica.

No obstante, todavía publicó en la Habana otra edición, con sendas y pequeñas ampliaciones de sus dos obras principales, cuyas cuartillas tipográficas tuvo la bondad de confiarme.

Profesiones y rumbos mentales distintos y, sobre todo, los incesantes apremios vitales que tantos aíslan si son atendidos, hubieron de impedir más constantes coloquios, y el provecho para mí de su compañía frecuente; pero no me fue difícil, como no podía serlo para nadie, tratándose de un espíritu abierto a toda luz, sin reconditeces de misterio, cobardía o ignorancia, apreciar pronto sus líneas mentales y todas las facetas directrices de su brillante ideario.

Fue noble, acaso heráldicamente, como vástago de la troncalidad de aquellos Lluria, que tan sonadas hazañas remataron en la almogavaría catalana contra la turquesca gente del levante mediterráneo. Y su nobleza, tan lejana de la rampante y blasonada, se transparentaba en una lealtad intelectual que rendía, no turbada por egoístas durezas de ánimo, vanidad ni escuela.

Años antes de haber estrechado su mano, había yo publicado en Cuba y América unos párrafos sobre sus libros y horizontes, que permito dar de nuevo al lector, no por lo que de intrínseco vali-

miento tengan, sino por su sentido de sinceridad, que entonces no pudo ser sugerida por amistosas benevolencias.

«También hoy nos llegan de Ultramar ecos de triunfos y lauros, conquistados por un cubano, por Enrique Lluria, médico matancero, que es hoy una figura de la intelectualidad española.

Sus obras, arraigadas siempre en los más recientes descubrimientos científicos, se elevan hacia las más puras e ideaconcepciones sociológicas.

Su trabajo acerca de La Evolución Superorgánica, prologado por Ramón y Cajal, le ha dado merecida fama. El mérito de Lluria está principalmente en haber traído a la circulación sociológica las últimas ideas y principios de neurología, para incluirse en la escuela de los pensadores que rechazan la aplicabilidad de la ley darwiniana de «la lucha por la vida» a los fenómenos sociales, desde Vaccaro (La lotta per Lesistenza e i suoi effetti nell'umanità) hasta Kropotkine (L'Entraide).

Acaso esa limitación de la ley darwiniana al campo de la evolución orgánica en sus grados infinitos, sea una solución, un quebranto del ritmo de la mecánica universal de que tan justamente enamorado se muestra el compatriota Lluria; y la aplicación de la ley de struggle for life a los fenómenos superorgánicos no sea desconocer el espíritu de tal ley, sino al contrario, restringirla a una esfera limitadísima, privándola de todo su valor y restándole trascendencias que realmente tiene y que acaso no soñó el mismo Darwin.

Porque la supremacía del más apto es un fenómeno continuo entre los hombres, si tenemos en cuenta que la adaptación ha de referirse no a un ambiente ideal y hoy existente, sino al ambiente actual y presente tal como éste se ofrece a la vida con todos sus inconvenientes, con todas sus desventajas; que no por ser éstas producto de nuestras imperfecciones psíquicas y sociales, dejan de ser fenómenos tan naturales como, por ejemplo, la lluvia y el huracán, que perturban la vida económica de los pájaros, arrasando sus nidos y propiedades, y hasta sus descendencias.

La interpretación sociológica de la ley darwiniana me llevaría a prolijas consideraciones impropias de este lugar, tanto mas cuanto mi criterio no quiere ni puede alterar en un ápice la justa nominación de Enrique Lluria, alma generosa y profunda, científica y apostólica, que aporta su grano de arena al edificio que para la humanidad nueva se viene levantando con bloques de pensamientos y con argamasa de sangre.

Su obra La Humanidad del Porvenir prologada por C. Malato, es el justo corolario de su obra ya referida. En esta campeon su

fantasía sociológica y su honradez científica, construyendo páginas de augurios dichosos que no dudaría en suscribir éste su humilde admirador.

El doctor Lluria es asimismo autor de un libro acerca de El medio social y la perfectibilidad de la salud que le valió plácemes calurosos.

Además, nuestro compatriota, discípulo de Albarrán, es una preclara honra de la enseñanza de éste, y allá en su clínica de la capital de España, ejerce con gloria y beneficio su profesión médica siendo hoy considerado como el mejor especialista en su ciencia de la medicina española.

Si nuestro Lluria viviese entre nosotros no merecería de sus paisanos la honrosa consideración y estima que le otorgan al otro lado del Atlántico. Sus obras apenas pasarían de atrevimientos de chiquillos sin perjuicio de que fueran sahumadas por todo el incienso que aquí prodigan los turiferarios de la crítica.

Bien haya el doctor Lluria, siga cultivando con su amosa fe su hermosa ciencia, lleve a todos los ánimos el confortante consuelo de sus ideas, que acá en su tierra no ha de faltar un grupo de cubanos que siga de cerca sus triunfos y se enorgullezca de sus laureles; y cuando en sus escasos ocios tengan un recuerdo para las miserias de su patria nativa, no dude en formularle un consejo, que harto necesitada está de ellos la intervenida Cuba, así como del tutelar cariño de sus hijos ilustres, entre los cuales brilla Enrique Lluria.»

La muerte fija definitivamente su posición en la intelectualidad hispanoamericana, como uno de los cuatro intelectuales cubanos que han firmado su nombre entre los radicales del reformismo económico universal: Pablo Lafargue, el yerno de Carlos Marx; Fernando Tarrida del Mármol, el científico comunista; Enrique Lluria, el socializador de la neurología de Ramón y Cajal, y Diego Vicente Tejera, el suavísimo poeta de La Hamaca, que al alborear la República de Cuba creyó hacedera la organización del partido socialista cubano y a su ensueño —jotra poesía!— dió sus postreros destellos.

Cualesquiera que sean sus convicciones, todo hispanoamericano debe recordar esos nombres cubanos con respeto y estima, sino con admiración; aunque solo sea porque, intelectuales de nobles, ciertas o erróneas inspiraciones, a la cultura sirvieron con lealtad y no redujeron su poderoso cerebro a ser ruín lazarillo de la codicia más cegada.

(De la «Revista Bimestre Cubana».